

FRANCISCO HINOJOSA
LEÓN DE GREIFF

CARLOS VELÁZQUEZ
LA ANTOJERÍA

NAIEF YEHYA
SORRY TO BOTHER YOU

NÚM. 168 SÁBADO 29.09.18

El Cultural

[Suplemento de **La Razón**]

JOSÉ WOLDENBERG
SOBRE RAÚL BUSTEROS



EL 68 EN PALABRAS • III
LAS GRANDES NOVELAS
Y UN EPÍLOGO

JORGE AGUILAR MORA • ROBERTO BOLAÑO • MARCO ANTONIO CAMPOS
GERARDO DE LA TORRE • FERNANDO DEL PASO • JUAN GARCÍA PONCE • JOSÉ REVUELTAS

Arte digital > Staff > La Razón

A unos días de cumplirse medio siglo del 2 de octubre en Tlatelolco, el martes próximo, concluimos esta serie dedicada a las expresiones literarias del movimiento estudiantil de 1968. El ciclo (disponible en la página web de **La Razón**) inició en el número 162, con una selección de la poesía derivada del 68. La segunda parte, en el número 165, se concentró en la crónica y, con ella, los libelos fraguados al amparo del

poder. En esta entrega final aparecen algunos de los mayores proyectos novelísticos en torno a esa etapa, y como epílogo, la reflexión de una figura primordial no sólo de la literatura sino de la militancia de izquierda en el siglo XX mexicano: José Revueltas, quien a su vez pagó con la cárcel, como tantos estudiantes y líderes, su reclamo por la democracia y libertad en aquel país que no se olvida.



El 68 en palabras • Tercera parte y final

LAS GRANDES NOVELAS Y UN EPÍLOGO

NOTA Y SELECCIÓN

ALEJANDRO TOLEDO

Como un lugar común persistente cuyo eco aún se escucha a veces, en las tres últimas décadas del siglo XX se oyó a los críticos repetir, en las conmemoraciones anuales por el 2 de octubre, que no se había escrito aún la gran novela del 68... mientras que durante ese mismo periodo el ciclo narrativo se iba desarrollando con una solidez que ahora, a la distancia, parece notable. Incluso puede afirmarse que así como hubo una novela de la Revolución hay una novela del 68.

Ésta se inicia, como se dijo en la segunda entrega de esta serie, con *Juegos de invierno* (1970), de Rafael Solana y acaso llega hasta *Amuleto* (1999), del chileno Roberto Bolaño, que transforma en Auxilio Lacouture a la poeta uruguaya Alcira Soust Scaffo, la mujer que se quedó encerrada en unos baños del piso 8 de la Torre de Humanidades del 18 al 30 de septiembre, durante la ocupación de Ciudad Universitaria por el Ejército. El pasaje fue primero recreado por Bolaño en *Los detectives salvajes* (1998). Alcira es mencionada un par de veces en *Los días y los años* (1971), de González de Alba: cuando se discute su uso del mimeógrafo para imprimir poemas y no volantes; y justo en el momento que entran los soldados a la Universidad y ella los recibe, en la cabina de control de los altavoces de Filosofía y Letras, con el disco de Voz Viva en que León Felipe recita sus versos.

Entre Solana y Bolaño hay una nómina interesante, en la que figuran Juan García Ponce, María Luisa Mendoza, Jorge Aguilar Mora, Gerardo de la Torre, Fernando del Paso, Arturo Azuela, Gonzalo Martré y Marco Antonio Campos, entre otros.

La invitación (1972), de García Ponce, surge de la siguiente anécdota:

Durante el movimiento estudiantil del 68 participé activamente desde el principio, formando con Nancy Cárdenas un comité de intelectuales que publicaba desplegados contra Díaz Ordaz, y por primera vez en mi vida publiqué notas sobre política. Me detuvieron al salir de *Excelsior* junto con Nancy Cárdenas y el *Pelón* Valdés, dado que por mi silla de ruedas me confundieron con Marcelino Perelló. La detención fue muy violenta, pero esa misma noche nos dejaron libres al comprobarse la confusión.

Ese hecho es novelizado (en la kafkiana historia de R.) en un libro que tiene como punto de arranque estas líneas de Novalis: "El mundo se hace sueño; el sueño se hace mundo".

El 68 es también el gran lienzo por el que discurre *Crónica de la intervención* (1982), del mismo García Ponce, donde la vida privada de sus personajes se entrelaza

DIRECTORIO

El Cultural

[Suplemento de **La Razón**]

Twitter:
@ElCulturalRazon

Roberto Diego Ortega

Director
@sanquintin_plus

CONSEJO EDITORIAL

Julia Santibáñez

Editora
@JSantibanez00

Facebook:
@ElCulturalLaRazon

Carmen Boullosa • Ana Clavel • Guillermo Fadanelli • Francisco Hinojosa • Fernando Iwasaki • Delia Juárez G.
Mónica Lavín • Eduardo Antonio Parra • Bruno H. Piché • Alberto Ruy Sánchez • Carlos Velázquez

Subdirector General • Adrian Castillo Coordinador de diseño • Carlos Mora Diseño • María Fernanda Osorio

Contáctenos: Conmutador: 5260-6001. Publicidad: 5250-0078. Suscripciones: 5250-0109. Para llamadas del interior: 01-800-8366-868. Diario La Razón de México. Nueva época, Año de publicación 10

con la vida pública de México (un poco a la manera de *La educación sentimental* de Flaubert, en torno a otro año *ocho* significativo: 1848), y uno de cuyos centros, o abismos, es la noche de Tlatelolco.

En *Si muero lejos de ti* (1979), de Jorge Aguilar Mora, se observa el movimiento estudiantil desde las ventanas o las banquetas; Gerardo de la Torre lo hace, en *Muertes de Aurora* (1980), desde el punto de vista de los trabajadores petroleros adscritos a la Refinería 18 de Marzo que se unieron a las marchas. Y Fernando del Paso cuenta, en *Palinuro de México* (1977), la historia de un estudiante de Medicina que muere la madrugada del 28 de agosto luego de participar en una de las marchas principales del movimiento estudiantil (acaso la

más numerosa), que fue del Museo de Antropología al Zócalo. Como se recordará, en algún momento se tomó la rara decisión (con Sócrates Campos Lemus al micrófono) de dejar una guardia que esperara la respuesta gubernamental; y hacia las dos de la mañana el gobierno desplegó un operativo para detener a los jóvenes, lo que incluyó el uso de tanques, salidos de Palacio Nacional, uno de los cuales atropella al protagonista.

Más allá de la anécdota, Del Paso construye una novela caleidoscópica que representa los varios rostros de la protesta juvenil, ligada íntimamente a una década contracultural, y donde están presentes el humor y la irreverencia, la psicodelia y la revolución sexual, elementos que encarnan en

la ficción. El personaje debe su nombre al piloto de Eneas, quien cae al mar vencido por el sueño... o por los sueños. Lo que nos lleva de nuevo a Novalis y a definir esa época, o a esa generación (en lo que coinciden García Ponce y Del Paso), por ese vórtice en el que los ideales y los sueños se confrontan con la realidad.

Si alguien asegurara ahora, desde el desconocimiento, que "no se ha escrito la gran novela del 68", cualquiera de los títulos aquí referidos bastaría para llevarlo, por lo menos, a repensar ese aserto.

Un texto de José Revueltas, escrito en Lecumberri el 1 de octubre de 1970 (tomado de *México 68: Juventud y revolución*), cierra, a manera de epílogo, esta serie antológica dedicada a las letras del 68. ■

LA INVITACIÓN

JUAN GARCÍA PONCE

Afuera, el aire de la noche no tenía ninguna consistencia. Las llamas de las dos fogatas que limitaban el agujero abierto en la calle bailaban silenciosamente sin que nadie trabajara ya entre ellas y atrás, R. vio dos coches blancos idénticos estacionados casi a media calle. Uno de los policías que cuidaban la puerta se paró a su espalda, frente a la entrada del café, y apenas hubo caminado unos pasos, el hombre que se sentara un momento a su lado en la barra apareció ante él, brusco y nervioso, como si hubiese surgido repentinamente del piso, impidiéndole seguir adelante. R. vio aterrizado que esa súbita aparición que lo enfrentaba, violenta y temerosa, tenía una pistola en la mano.

—¡No se mueva, hijo de la chingada, no se mueva! —gritó sin levantar la voz el hombre.

Al mismo tiempo, R. sintió que varias manos lo sujetaban por la espalda agarrándolo del pantalón por debajo del saco.

—¡Vamos, pronto, rápido, cabrones! —dijo alguien.

R. se sintió obligado a caminar sin tocar casi el piso, arrastrado por las figuras que de pronto lo rodeaban, levantando un cerco de movimientos agitados, sin ninguna coordinación, que eran un puro nervioso apresuramiento, entre él y la noche. Así, llevándolo en vilo, forzando sus pasos, esa fuerza sin identidad lo metió, empujándolo hacia adentro como si no tuviera peso, a uno de los coches blancos que viera estacionados tras el agujero. Todavía, en medio de la terrible confusión que anulaba la realidad, vio a través de la ventanilla del coche que habían derribado a su paso una de las fogatas y las llamas se extendían por el piso. No había podido asustarse, no había podido protestar, no había podido saber qué sentía. Ahora estaba sentado en el asiento trasero del coche entre

“ASÍ, LLEVÁNDOLO EN VILO, FORZANDO SUS PASOS, ESA FUERZA SIN IDENTIDAD LO METIÓ, EMPUJÁNDOLO HACIA ADENTRO COMO SI NO TUVIERA PESO, A UNO DE LOS COCHES BLANCOS”.

dos hombres y éstos se habían hecho mudos y hieráticos como si toda la energía desplegada unos instantes atrás los hubiese abandonado. El coche había arrancado ya. Empezó a sonar una sirena. R. tardó un momento en darse cuenta que el sostenido lamento que al principio pareció rodearlos salía de ellos y avanzaba con ellos, calificándolos, convirtiendo su movimiento en la noche en la mera posibilidad de que ese lamento encontrara expresión.

—Están confundidos. ¿Qué pasa? ¿A dónde vamos? —dijo sin darse cuenta, sorprendido al escuchar su voz, como si ésta se hubiera hecho independiente y saliera de él ajena por completo a su voluntad y en tanto, siguiendo a la voz, también su cara se volvía alternativamente hacia cada uno de los hombres a su lado, aunque aparte, en otra zona de su conciencia, sabía que hablaba y dirigía su atemorizada mirada hacia los dos hombres inútilmente—. ¿Quién creen que soy? ¿Qué pasa? ¿A dónde vamos? —siguió preguntando su voz.

—Cállese. Ya sabrá a dónde vamos. No le va a pasar nada. No tenga miedo ahora —dijo al fin uno de los hombres, sin ninguna violencia ya, calmado, indiferente.

—Pero tiene que ser una confusión. Yo no he hecho nada —se volvió a escuchar decir R.

El hombre que se sentara junto a

él en la barra se volvió a mirarlo desde el asiento de adelante, sonriendo casi, muy calmado también.

—Sí, una confusión. Ya verá qué bonita confusión es ésta. También entre ustedes se hacen bolas y dicen lo que no deben. Bola de cabrones. Ya verán quién se confunde. Y ahora cállese —dijo.

Luego se volvió de nuevo hacia el frente y fue como si ese simple gesto estableciera una separación definitiva, infranqueable, entre R. y los demás ocupantes del coche. R. se quedó inmóvil y callado, haciéndose poco a poco cada vez más dueño de sí mismo, con las manos entrelazadas entre las piernas, estrechamente apresado entre las dos oscuras figuras que, cercándolo por completo, se habían hecho increíblemente remotas, inaccesibles.

El coche no parecía avanzar hacia ningún lado. Su movimiento no era más que el sonido de la sirena y más allá no había nada, el mero vacío de la noche, aunque, obviamente, la sirena les abría paso entre un tráfico intenso, un tráfico de sombras que se borraban de inmediato, apenas las dejaban atrás. Y esa ausencia de realidad era como una protección para R. Mientras se mantuviera no podía pasar nada. Ellos estaban aparte, fuera del mundo. Allí donde todo es imposible empieza lo posible, pensó R. sin embargo. Pero todo era tan abstracto como ese pensamiento. Un puro vacío: el terror absoluto. Terror a lo que no era precisamente, a lo que no podía ser porque no pasaba en ningún lado. Y entonces la dolorosa evidencia del lamento de la sirena era un consuelo, se convertía en el único camino hacia la realidad.

—¿A dónde me llevan, por favor, a dónde me llevan? —se escuchó diciendo otra vez R.

—Ya le dijeron que se calle. Ahora va a aprender a obedecer —dijo uno de los hombres a su lado. ■



SI MUERO LEJOS DE TI

JORGE AGUILAR MORA

Los estudiantes apelaban con sus manos y sus brazos y sus rostros y el poder de su tiempo y de su ocupación a la gente que se asomaba por las ventanas, por los corredores del Multifamiliar y el hospital: ¡Únete, pueblo; únete, pueblo! Era una llamada gozosa que después se volvería apasionada.

—Seguramente vienen los de mi prepa —dijo Tosca—. Hoy estaban hablando de que había huelga.

—Desde ayer no hubo clases, creo.

—Es que los miércoles no tengo clases. Hoy ni entré. Mis alumnos me dijeron que se estaban preparando para la manifestación. Pero no creía que iba a pasar por aquí...

Presos políticos, libertad.
Presos políticos, libertad.

La cabeza de la manifestación daba la vuelta por avenida Coyoacán, exactamente debajo de ellos. Se sentía ya la inminencia de la lluvia, se tocaba. Toda la avenida, hasta donde llegaba la vista, estaba cubierta de manifestantes. Los estudiantes volteaban insistentemente hacia los edificios para repetir su llamado: Únete pueblo, seguido de porras a la Universidad y al Politécnico.

—¿Por qué no fuiste a la manifestación? —preguntó Yoris.

—No puedo hacer tanto esfuerzo. Me da una hemorragia y nadie me la para —dijo Tosca casi violentamente.

—Es cierto, perdóname, se me había olvidado... De pronto sentí como si la manifestación fuera otra realidad. Me sentí como poseionado por el entusiasmo con el que gritan. A pesar de que estoy muy lejos de todo eso. Me siento mal de no ser estudiante, me siento como rechazado; pero si soy sincero los que me rechazan no son ellos, soy yo mismo, aunque se lo atribuyo a que la política no me interesa. Tuve que dejar

la Universidad y ponerme a trabajar; y ellos son estudiantes y de pronto tienen una causa para manifestar, para gritar, para declarar huelgas... creo que está bien, ¿me entiendes? Pero, ¿qué puedo hacer? Deberíamos estar ahí, pero yo no veo ningún contingente del pueblo ahí, todas son escuelas y yo no pertenezco a ninguna escuela...

—Si yo hubiera podido de todos modos no hubiera ido.

—¿Por qué? ¿No te emociona estar entre tanta gente? A mí me emocionaría caminar por la calle por donde normalmente sólo puedes pasar en coche...

México, libertad.
Libros sí, bazukas no.
Aquí está la mano tendida.
Olimpiadas de hambre.

—Yo doy clases porque no tengo otra cosa que hacer, porque es la única manera que tengo de ganar dinero, nada más por eso...

—Pero sigues siendo profesora, no puedes dejar de serlo.

—Soy profesora en las horas de clase; fuera de ahí, no me importa lo que pase... me molesta todo esto... si hay huelga, mejor, tendremos vacaciones extra.

—Quizás deberíamos estar allá abajo... manifestando... pero yo sé que tampoco lo haría... no por tus razones. Te confieso que siento mucho resentimiento de ya no ser estudiante, de no poder pertenecer a ninguna escuela... siento que todos ellos se conocen, que si yo me metiera todos se darían cuenta que soy un desconocido...

—¿Qué ha pasado entre nosotros? —dijo Tosca repentinamente—. ¿Cómo vamos a quedar cuando te vayas? Eso me interesa más...

Son muchos. Caminan firmemente formando filas compactas. Muchos



se toman del brazo para formar cadenas humanas y poder así empujar el espacio con mayor determinación, con mayor voluntad. Se unen para formar un rostro decidido, para formar un rostro alegre que quiere volverse contagioso pero que al mismo tiempo se sabe repelente: una alegría de carnaval que los espectadores todavía no entienden, que la sienten a veces como una burla; pero la alegría quiere ser contagiosa porque no puede ser de otra manera, porque en ese momento todo parece triunfar en la voz, en las pisadas, en los brazos de todos los unidos. Se necesitarán otras vicisitudes para que el entusiasmo y la decisión puedan abrirse y dejar entrar a los que ven en las orillas de las banquetas pasar aquellas corrientes humanas que han decidido protestar. Se necesitarán más muertos, se necesitará que las corrientes inunden las banquetas, y que el poder comience a reprimir a todos sin distinción de lugar.

Cuando el último grupo se hizo visible comenzó a llover. Los dos se quedaron en silencio observando que las filas no se dispersaban. Se empezaron a oír coros contra la lluvia. ¡Con lluvia o sin lluvia...!

—¿Qué dicen al final?

—No oí —dijo Tosca casi llorando.

Ho Ho Ho chi mín.
Díaz Ordaz...

—¿Díaz Ordaz qué?

—No oigo —dijo Tosca. Comenzaron a bajar por las escaleras.

—Vamos a seguir la manifestación. En el coche está el paraguas. [...]

Cruzaron el edificio pero de pronto ya no estaban viendo la manifestación; como si algo se las hubiera escamoteado. Entre ellos se extendía una noche abandonada, de esperanza inútil. [...] Los coros de la manifestación se iban diluyendo en la distancia. El tráfico retomaba su ritmo cotidiano. ■

PALINURO DE MÉXICO

FERNANDO DEL PASO

EL BURÓCRATA: Estos jóvenes modernos, en cambio, que se dejan el pelo largo y se pasan el día oyendo música en inglés con el radio a todo lo que da, ya no tienen respeto por nada. No respetan las investiduras, no respetan el idioma, el ejército, la Patria. ¡No respetan la Plaza Mayor! Me han contado que esta misma noche, señora, echaron a rebato las campanas de la catedral —yo mismo las escuché— y lo que es más...

LA PORTERA: ¿Qué le parecerían unos huevos rancheros?

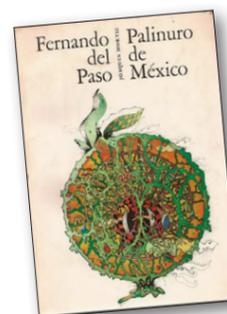
(*Palinuro conquista los escalones número 27 y 28.*)

EL BURÓCRATA: ¿De qué está hablando usted? ¿Qué tienen que ver los huevos revueltos con la crisis que estamos viviendo?

LA PORTERA: Yo no dije revueltos, dije rancheros.

YO: ¿Qué fue exactamente lo que pasó en el Zócalo, Palinuro?

PALINURO: ¡Traigo los ojos empapados, los pies vestidos de tierra! Desacralizamos el Zócalo, hermano. ¡Tres veces lo desacralizamos! Pedimos permiso



para encender la Catedral, y lo hicimos. ¡Pedimos permiso para tocar las campanas del templo mayor, y nos lo dieron y las tocamos, hermano, con toda el alma! Fueron dos amigos, dos compañeros de la Escuela de Medicina los que se subieron al campanario para llamar al pueblo... ¡para pedirle que se levantara y acabara con la corrupción de los dirigentes políticos juveniles, con el soborno, con los latrocinios de los funcionarios públicos...!

YO: ¿Y qué hizo el pueblo, Palinuro?

PALINURO (*subiendo un escalón más*): El pueblo, ya te dije, estaba dormido. ¡Por eso encendimos las luces y tocamos las campanas! “¡Únete, Pueblo, Únete, Pueblo!”, gritamos hasta desgañitarnos...

(*Aparece el cartero por la escalera que viene del primer piso.*)

EL CARTERO: Le traje también unas galletas, joven. Creo que han ido ustedes demasiado lejos. Perdón, como soy cartero siempre estoy pensando en distancias.

PALINURO: Y entonces, hermano, entonces se iluminó toda la Plaza, ¡y se iluminó todo México! Y luego los badajos estallaron en campanadas, y casi nos olvidamos por qué estábamos allí, en el Zócalo, porque eso parecía una fiesta, y me imagino, manito, que los que no estuvieron allí, en esos momentos, cuando las campanas se escucharon en toda la Plaza y en todo México, los que no estuvieron con nosotros bajo los mismos carteles que decían “Hasta la Victoria Siempre” y bajo los mismos gritos iracundos, como tú, hermano, que no estuviste, y Estefanía, que tampoco estuvo, todos ustedes debieron sentirse un poco viejos, y el corazón se les debió arrugar cuando menos un centímetro cuadrado. Pero, claro... pasó el tiempo, cantamos

“DE PRONTO SE ABRIERON LAS PUERTAS DEL PALACIO DONDE HABÍAMOS PINTADO LA PALABRA ‘¡ASESINO!’, Y LAS OPINIONES SE DIVIDIERON: UNAS PUERTAS DECÍAN ‘ASE’, Y OTRAS ‘SINO’... ¡Y SALIERON LOS TANQUES!”.

corridos y comimos tortas y mandarinas, cantamos *La Adelita*, pasaron los discursos, los ángeles de la catedral se durmieron con la cabeza metida en sus alas, la gente se fue a su casa, y yo y tres mil estudiantes nos quedamos de guardia perpetua en la Plaza... Pero de pronto se abrieron las puertas del Palacio donde habíamos pintado la palabra “¡Asesino!”, y las opiniones se dividieron: unas puertas decían “Ase”, y otras “sino”... ¡y salieron los tanques y desembarcaron en nuestra playa!

EL BURÓCRATA: ¿Lo ven? ¿Lo ven? Profanaron la Catedral. Nuestro pueblo es católico en más de un noventa y cinco por ciento. Sin embargo, yo soy ateo. Mi ascendencia es liberal. Podría decir que mi bisabuelo putativo es don Benito Juárez, el Benemérito. Pero de ahí a faltarle el respeto a un templo, hay una distancia muy grande: ¡de la tierra al cielo!

Después de todo, mi madre era católica y yo la quería mucho. Ahora, voy a llamar...

(*En ese momento, se va la luz.*)

LA VOZ DE LA PORTERA: ¡Oh, se fue la luz!

LA VOZ DEL BURÓCRATA: ¿La pagó usted, señora?

LA VOZ DE LA PORTERA: ¿Cómo la voy a apagar, si no me he movido de aquí?

LA VOZ DEL BURÓCRATA: Yo no dije a-pa-gó de “apagar”, dije pa-gó, de “pagar”.

LA VOZ DEL CARTERO: Esto me recuerda el tiempo de la guerra...

(*Se oyen pasos de alguien que baja la escalera.*)

LA VOZ DE LA VECINA DEL 15 (*desde lejos*): ¿Por qué llegaron tan tarde, hijos? ¿En dónde estuvieron? ¿Por qué no me hablaron por teléfono? ¿Ya cenaron? (*Una pausa.*) ¿Eres tú, Pepe? ¿Son ustedes, hijos? ▣

QUE LA CARNE ES HIERBA

MARCO ANTONIO CAMPOS

Quién lo dijera —como broméábamos después— que sólo con diferencia de tres días hubiéramos estado en dos palacios: el quince en Palacio Nacional y el dieciocho en Palacio Negro de Lecumberri. Fue la noche que el ejército tomó la universidad. Tú y yo esa noche habíamos ido a la casa de Pablo y estábamos conversando en el coche cuando pasó un vecino de Pablo quien comentó que le acababan de telefonar a su papá aconsejándolo de que no los dejara ir (al vecino y sus hermanos) a CU. “Van a tomarla.” Nosotros, en verdad, estábamos escépticos y creíamos que era uno más de tantos rumores. “¿Cómo va a atreverse el gobierno a violar tan descaradamente la autonomía? No son tan estúpidos.” Pero a los diez minutos salió la hermana de Pablo y dijo que acababan de telefonarle informándole que el ejército *ya estaba en CU*. “No puede ser, es el colmo, sólo eso faltaba, imagínate la reacción pública, cómo van a explicar esto, cómo van a justificar tamaño vandalismo, esto va a hacer más impopular al Chango, por qué no lo matan, lo quitan, algo, tomar el ejército CU, qué brutos.” Y si estábamos perplejos hacíamos lo posible por parecer indignados, tanto con los otros como con nosotros mismos. De pronto a alguien —¿fue a Pablo?— se le ocurrió confirmarlo. “Si no se puede entrar, nada perdemos con asomarnos.”



“NOS ACERCAMOS A OTROS. NADA. A UNO QUE TENÍA CARA DE ILUMINADO. CORTÓ CARTUCHO Y DIJO: ‘¡USTEDES TRES, ADELANTE!’ EN LA MADRE, PENSAMOS, AQUÍ NOS CARGÓ LA CHINGADA”.

Cuando llegamos a CU no vimos nada. “Nos tomaron el pelo —dije—; a ver Sergio, clávate hacia Filosofía.” Tomamos la lateral y en ese momento Pablo se vuelve y dice: “¡En la madre, el ejército! ¡Hay que bajarnos de volada!”. Los soldados empezaron a acordar y nosotros interrogándonos cómo íbamos a sacar el coche, qué cuentas íbas a darle a tu papá. Decidimos hablar con los soldados: “Déjenos pasar, oficial; se nos quedó el coche dentro. Mire, ése: el blanco”. Nada. Nos acercamos a otros. Nada. A uno que tenía cara de iluminado. Cortó cartucho y dijo: “¡Ustedes tres, adelante!”. En la madre, pensamos, aquí nos cargó la chingada, porque al bajar al estadio lo oscuro hacía más siniestro el ambiente, y aunado a esto, el sonido de los estoperoles de los soldados que se acercaban.

—¡Agarré a estos tres, mi comandante!

—Llévelos enfrente con los demás.

Nos tendieron en la explanada de Rectoría: de un lado, los hombres; del otro, las mujeres. El frío calaba y

el cielo estaba duro, cerrado. Nuestro cálculo fue que seríamos doscientos. “Pero debe haber más adentro” —dudábamos.

—¿No ves por allí ningún líder?

—De los que conozco, ninguno.

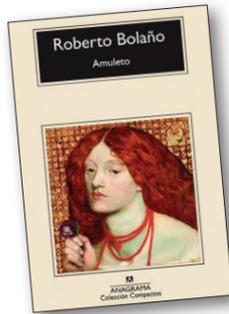
Si al principio fue angustioso, poco a poco nos fuimos acostumbrando —“a lo mejor nos sueltan” — y yo, que estaba casi en la confluencia con las mujeres, imaginaba lo bien que sería estar con más de una. De pronto, al cambiar y ver a los rasos, me ganó la risa. “¿Ya viste? Todos son igualitos.” Uno de ellos se acercó adonde estábamos y dándome un puntapié en el muslo, murmuró: “¡Pinches chavos, no dejan entrar en acción!” *Aición*. Cuando se fue, comentaste, mientras yo me sobaba: “Estos cabrones quieren cualquier pretexto para matar”. El tiempo lo confirmó. Los soldados y granaderos te disparaban o golpeaban por nada o futilidades. Eran las órdenes. Después comentábamos —vivíamos— cómo por ese tiempo era un crimen ser joven y por añadidura estudiantes. ▣

AMULETO

ROBERTO BOLAÑO

Y así llegué al año 1968. O el año 1968 llegó a mí. Yo ahora podría decir que lo presentí. Yo ahora podría decir que tuve una corazonada feroz y que no me pilló desprevenida. Lo auguré, lo intuí, lo sospeché, lo remusgué desde el primer minuto de enero; lo presagí y lo barrunté desde que se rompió la primera piñata (y la última) del inocente enero enfiestado. Y por si eso no fuera poco podría decir que sentí su olor en los bares y en los parques en febrero o en marzo del 68, sentí su quietud prematural en las librerías y en los puestos de comida ambulante, mientras me comía un taco de carmitas, de pie, en la calle San Ildefonso, contemplando la iglesia de Santa Catarina de Siena y el crepúsculo mexicano que se arremolinaba como un desvarío, antes de que el año 68 se convirtiera realmente en el año 68.

Ay, me da risa recordarlo. ¡Me dan ganas de llorar! ¿Estoy llorando? Yo lo vi todo y al mismo tiempo yo no vi nada. ¿Se entiende lo que quiero decir? Yo soy la madre de todos los poetas y no permití (o el destino no permitió) que la pesadilla me desmontara. Las lágrimas ahora corren por mis mejillas estragadas. Yo estaba en la Facultad aquel 18 de septiembre cuando el ejército violó la autonomía y entró en el *campus* a detener o matar a todo el mundo. No. En la Universidad no hubo muchos muertos. Fue en Tlatelolco. ¡Ese nombre que quede en nuestra memoria para siempre! Pero yo estaba en la Facultad cuando el ejército y los granaderos entraron y arrearon con toda la gente. Cosa más



increíble. Yo estaba en el baño, en los lavabos de una de las plantas de la Facultad, la cuarta, creo, no puedo precisar. Y estaba sentada en el wáter, con las polleras arremangadas, como dice el poema o la canción, leyendo esas poesías tan delicadas de Pedro Garfias, que ya llevaba un año muerto, don Pedro tan melancólico, tan triste de España y del mundo en general, qué se iba a imaginar que yo lo iba a estar leyendo en el baño justo en el momento en que los granaderos conchudos entraban en la Universidad. Yo creo, y permítaseme este inciso, que la vida está cargada de cosas enigmáticas, pequeños acontecimientos que sólo están esperando el contacto epidérmico, nuestra mirada, para desencadenarse en una serie de hechos causales que luego, vistos a través del prisma del tiempo, no pueden sino producirnos asombro o espanto. De hecho, gracias a Pedro Garfias, a los poemas de Pedro Garfias y a mi inveterado vicio de leer en el baño, yo fui la última en enterarse de que los granaderos habían entrado, de que el ejército había violado la autonomía universitaria, y de que mientras mis pupilas recorrían los versos de aquel español muerto en el exilio los soldados y los granaderos estaban deteniendo y cacheando y pegándole a todo el que encontraban delante sin que importara sexo o edad, condición civil o status adquirido (o regalado) en el intrincado mundo de las jerarquías universitarias.

Digamos que yo sentí un ruido.

¡Un ruido en el alma! [...]

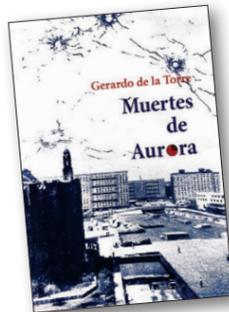
¿Qué hice entonces? Lo que cualquier

persona, me asomé a una ventana y miré hacia abajo y vi soldados y luego me asomé a otra ventana y vi tanquetas y luego a otra, la que está al fondo del pasillo (recorrí el pasillo dando saltos de ultratumba), y vi furgonetas en donde los granaderos y algunos policías vestidos de civil estaban metiendo a los estudiantes y profesores presos, como en una escena de una película de la Segunda Guerra Mundial mezclada con una de María Félix y Pedro Armendáriz de la Revolución Mexicana, una película que se resolvía en una tela oscura pero con figuritas fosforescentes, como dicen que ven algunos locos o las personas que sufren repentinamente un ataque de miedo. Y luego vi a un grupo de secretarías, entre las que creí distinguir a más de una amiga (¡en realidad creí distinguirlas a todas!), que salían en fila india, arreglándose los vestidos, con las carteras en las manos o colgadas del hombro, y después vi a un grupo de profesores que también salía ordenadamente, al menos tan ordenadamente como la situación lo permitía, vi gente con libros en las manos, vi gente con carpetas y páginas mecanoscritas que se desparramaban por el suelo y ellos se agachaban y las recogían, y vi gente que era sacada a rastras o gente que salía de la Facultad cubriéndose la nariz con un pañuelo blanco que la sangre ennegrecía rápidamente. Y entonces yo me dije: quédate aquí, Auxilio. No permitas, nena, que te lleven presa. Quédate aquí, Auxilio, no entres voluntariamente en esa película, nena, si te quieren meter que se tomen el trabajo de encontrarte. ■

MUERTES DE AURORA

GERARDO DE LA TORRE

3 de octubre de 1968. Habiéndome enterado de que el día de ayer los estudiantes tendrían un mitin en la plaza de las tres culturas, hice mis preparativos para vigilar la intervención de los petroleros en ese acto. Para tal fin pedí prestado su automóvil a mi compadre Juan Aguirre, de la oficina de Seguridad e Higiene, al cual me permití ponerle gasolina con autorización del Jefe de Personal. A eso del cuarto para las tres me coloqué cerca de la puerta para ver si se reunían por allí los trabajadores que han demostrado más simpatías por el movimiento estudiantil. Y así fue. Muy pronto me di cuenta de que los multicitados Galdino Arrieta, Efrén Villanueva, Arturo Rodríguez, el soldador Rendón, Salvador Alonso y Melitón Galindo del Departamento de



Materiales, Ofelio Luna del Laboratorio, Néstor Vértiz de Nuevos Proyectos y otros que no menciono para no fatigar a la superioridad, formaban un grupo frente a la puerta de nuestro Centro de Trabajo. Subieron en los coches de Rodríguez y Rendón y yo desde luego los seguí en el auto de mi compadre al que le puse gasolina en la bomba local con el permiso de mi Jefe inmediato. Los seguí muy de cerca por las calles de la ciudad, pero no se dirigieron a Tlatelolco, donde era el mitin, sino que fueron a meterse en el centro a una cantina conocida como La Ola. Una vez que vi donde entraron dejé el coche en un estacionamiento y entré a la cantina, donde para mi fortuna había mucha gente y pude confundirme entre ella y sentarme en un lugar estratégico, desde donde podía vigilar a los sujetos antes citados. Pidieron

ostiones en su concha, pescados y tarros de cerveza negra y clara y estuvieron allí bebiendo un buen rato. Mientras tanto me comí también un pescado y pedí un refresco. Me estaba ya desesperando porque eran casi las cinco y no daban trazas de irse, sino que todavía pidieron otras cervezas, cuando uno de ellos, Salvador Alonso, de Materiales, no doy la ficha porque no he podido consultar su expediente, la superioridad ha de comprender que todavía me encuentro nervioso, se levantó y comenzó a repartir entre toda la gente de la cantina unos volantes. Me dio miedo que se acercara y me reconociera y entonces dejé en la mesa un billete de cincuenta pesos y me salí, aunque mi cuenta no llegaba a los treinta, pero no tenía cambio. Me esperé en la esquina hasta que salieron, casi inmediatamente. Entraron

al estacionamiento cercano, precisamente donde dejé el coche de mi compadre Juan Aguirre, y subieron a los autos y se fueron. Una vez que lo hicieron me dirigí a Tlatelolco, porque estaba seguro de que allí iban a reunirse con los estudiantes. La verdad es que en ese lugar había mucha gente y consideré que iba a ser muy difícil localizarlos, así que preferí dar unas vueltas alrededor de la multitud para ver si por casualidad los encontraba. Estaba yo muy cerca de la Iglesia cuando de pronto aparecieron unas luces de bengala verdes en el cielo. La gente comenzó a correr y oí que por el sonido del acto gritaban que tuvieran calma. Enseguida se comenzaron a escuchar balazos y por allí salieron muchos soldados y policías. Los militares iban avanzando hacia los estudiantes, pero algunos soldados y los policías se quedaron por donde me hallaba y nos comenzaron a jalonear y cachearnos para ver si traíamos armas, con toda la razón. A este servidor un soldado lo agarró de la camisa y lo echó contra la pared. Yo le expliqué que no era estudiante, que nada más estaba viendo, y saqué mi credencial de Petróleos para mostrársela y que se diera cuenta de que yo llevaba buenas intenciones, pero ni siquiera le dio importancia y me gritó que a la pared o me iba a dar, con el perdón, mis cabronazos. Así que me repegué bien a la pared y no me atrevía a voltear, pero sí se oía una balacera del carajo. En eso llegaron unos policías vestidos de civil que gritaban batallón Olimpia y

dijeron que nos fuéramos arrimando por el muro de la Iglesia al edificio de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Por unos radios que llevaban en las manos también se oía batallón Olimpia, no disparen, pero la balacera seguía y vi cómo las balas hacían añicos los cristales de los autos y pegaban en los radiadores, pues veía cómo salía el agua. Uno que parecía jefe de los que iban vestidos de civil nos ordenó que nos tiráramos asuelo y tuvimos que hacerlo todos los que estábamos allí. Como quiera que sea podíamos ver lo que estaba sucediendo y alcancé a observar que los soldados resguardados en los coches disparaban sus armas y de uno como tanque no dejaba de disparar una ametralladora. No puedo decir que vi mucha gente caer muerta, porque además ya estaba oscureciendo, pero sí se oían las sirenas de las ambulancias y uno de los que más gritaban, de los que eran jefes, dijo que ya no siguieran disparando, que no fueran pendejos porque se estaban agarrando entre ellos mismos, que los que disparaban desde el otro lado eran los que habían llegado a agarrar presos a los líderes del movimiento estudiantil. Yo no sé, pero la verdad es que tenía mucho miedo, y no vayan a creer que temía por mí, pues por ese lado no había mucho peligro, pero yo estaba pensando qué tal si matan o le dan un balazo a uno de los petroleros y entonces sí se va hacer un lío en nuestro Centro de Trabajo. Como pude salí de aquel revoltijo y afortunadamente esta

“YO ESTABA PENSANDO QUÉ TAL SI MATAN O LE DAN UN BALAZO A UNO DE LOS PETROLEROS Y ENTONCES SÍ SE VA HACER UN LÍO EN NUESTRO CENTRO DE TRABAJO”.

mañana llegué a la Refinería antes de las siete y me coloqué en la puerta para esperar a alguno de los muchachos para que me hiciera saber qué pasó con ellos. A eso de las siete y diez encontré a Galdino Arrieta, le pregunté y me dijo que nada más sabía lo que había dicho la televisión, que ellos habían andado en varias cantinas. Le pregunté, para asegurarme, si ninguno de ellos estaba herido, porque la administración quería ayudarlos, y su respuesta fue que no les había tocado la balacera y todos se hallaban en perfecta salud. He leído los periódicos de esta mañana, los cuales informan que el ejército atacó a los estudiantes y no sé cuántas cosas más, como mis dignos superiores seguramente ya estarán en conocimiento. Creo que ya es hora de que se pusiera un hasta aquí a tantos hechos que perjudican el buen nombre y el progreso del país, y al mismo tiempo me honro en informar que a los trabajadores petroleros no les ha sucedido nada y seguirán trabajando con toda normalidad. ■

ANIVERSARIO DE TLAHELLOCO

JOSÉ REVUELTAS

La bárbara matanza de Tlatelolco el 2 de octubre de 1968 es una herida que permanece aún abierta y sangrante en la conciencia de México el 2 de octubre de 1970. Han pasados dos años, pero esto no es cosa del transcurrir del tiempo, sino del transcurrir de la justicia histórica: sólo ella puede cerrar esta herida. No obstante, ni la justicia histórica, ni nadie, ni nada podrá borrar este recuerdo: será siempre un acta de acusación y una condena. Hoy, a dos años de distancia, la pregunta acusatoria sigue sin respuesta: ¿cómo fue posible una acción tan criminal y monstruosa, tan increíble, irracional y estúpida, como la matanza de Tlatelolco del 2 de octubre? Ésta era la misma, la idéntica pregunta que se hacía la conciencia de México a principios del siglo. ¿Cómo fue posible la insensata, la torpe, la vil y asesina matanza de los huelguistas de Río Blanco en enero de 1907? Aquella conciencia histórica de México dio la respuesta adecuada a tal pregunta tres años más tarde, en 1910: pero esta respuesta ya era una revolución.

Es lo que no entienden los gobernantes y lo que se niegan terca y

mañosamente a ver: los dioses —como se decía en la antigüedad— primero cegaban a quienes previamente habían condenado a la perdición. El gobernante dictatorial y ciego, perdida toda capacidad de comprender al pueblo, apela a la represión para imponer su ceguera a todos con la muerte de la conciencia libre. Sabe que, en tanto más brutal y gigantesca sea la represión, mayores serán el desconcierto, las confusiones y la desmoralización momentáneas de las masas de la ciudadanía activa. De aquí la ciega confianza de la dictadura en que la represión de la actividad política de las masas convertirá en inerte a la ciudadanía, hundiéndola en el temor, el recelo y la angustia, dentro de una atmósfera en que no puede disponer de sus derechos, ejercer sus libertades, ni expresar sus opiniones. Pero esto es lo único que la dictadura sabe, porque las dictaduras no ven y satisfacen su seguridad del poder en la sangrienta eficacia de las matanzas multitudinarias y de las prisiones. Efímera, circunstancial, ilusoria eficacia de la masacre de los huelguistas de Río Blanco en 1907. Efímera, ciega, sorda, inmunda eficacia de la masacre de 1968 en la Plaza



de las Tres Culturas del Tlatelolco olímpico, en el Olimpo rezumante de sangre de los antiguos dioses vengativos que ciegan antes al ejecutor de sus designios.

Esta ceguera criminal, esta sordeza asesina de la dictadura es lo que explica Tlatelolco. Al diálogo que el pueblo reclamaba, se le contestó, primero, con el tabletear de las ametralladoras; después, mediante el careo judicial de las víctimas con los propios victimarios en los procesos mistificados con los que se harán recaer las sentencias sobre los presos políticos de 68, a quienes no se les perdona siquiera la infamia de calificarlos como delincuentes comunes.

Han transcurrido dos años desde la sombría matanza de Tlatelolco. Repetimos: no se trata del lapso transcurrido. El tiempo es el más tenaz e infatigable trabajador de la libertad y la justicia. La presencia viva de nuestras voluntades —más intrépida, más tenaz, más osada—, por encima del tiempo que la dictadura pretende detener con las cárceles y con la muerte, será lo que acelera ese ritmo con que la historia trata de liberarse y encontrarse.

1 de octubre de 1970. ■

El cruce de disciplinas suele enriquecer la lectura de la realidad. En este caso, José Woldenberg se acerca a un libro de memorias y cinematografía que habla de un abanico de temas, además de películas, titulado El cine de autor, del maestro de la cámara Raúl Busteros. Aliado del análisis riguroso, el politólogo encuentra en el volumen una declaración de amor a los libros y la pantalla, además de humor, referencias al exilio español, desparpajo, aforismos, ficciones varias y, envolviéndolo todo, la filosa ironía del director.

Raúl Busteros

EL ALUCINANTE ESPECTÁCULO DE LOS RECUERDOS

JOSÉ WOLDENBERG

Estamos frente a una autobiografía gozosa; ante un mural caprichoso, pero no anodino; una recreación de época cargada de sentido y al mismo tiempo antojadiza, a imagen y semejanza de un autor que lo mismo quiere otorgar reconocimientos que ajustar cuentas. Se trata de fragmentos hilados por una vocación preñada de esperanzas, logros, fracasos y ácidos rencores. Hay en el fondo y en la superficie un alegato a favor de la libertad de creación, de la necesidad y quizá la obligación de experimentar, de abrir paso y construir condiciones para la expresión de los auténticos autores, que no pueden más que entrar en tensión con las rutinas burocráticas, las modas y las inercias, el sentido común y el apoltronamiento. Pero vayamos por partes.

En la mayoría de sus pasajes, la lectura de *El cine de autor*, de Raúl Busteros (UNAM, 2018), me alegró. Vi a un niño irreverente, gracioso; a un joven deslumbrado y ambicioso y a un adulto que desea heredar un testimonio de su trajinar, por momentos críptico y en los más, crítico. Pero (casi) siempre irónico. La ironía es, lo sabemos, una fórmula para acercarse a los acontecimientos más que alejada de la solemnidad y la etiqueta, un instrumento para develar la intrascendencia de la pompa, para desmontar las pretensiones excesivas y excedidas y para mostrar el sinsentido de eso que llamamos existencia. Raúl Busteros ha encontrado en “el refugio de la memoria” (como se llama en español un libro de Tony Judt) una fórmula para visitar su vida y desentrañar el sentido de lo vivido y lo que no pudo ser. Porque toda experiencia vital es eso: el cumplimiento de algunas ilusiones y el fracaso de proyectos sin fin. El libro es tanto un repaso a su vida pública como a la privada, a través de un lente sarcástico, crítico con los demás y complaciente consigo mismo.

Busteros se muestra como un memorioso. Esa actividad que define lo

humano. Somos nuestros recuerdos y quizá los recuerdos que otros tienen de nosotros. Y Raúl no quiere ni puede aceptar que sean otros los que hagan el balance de su trayecto y con vigor y buena pluma entrega su “corte de caja”. Orgulloso de sus logros (sus escasas, pero significativas y provocadoras películas), y también dolido por incomprensiones y traiciones del más diverso tipo. Todo ello ofrece un claroscuro singular y poco frecuente entre nosotros, tan dados al ocultamiento, al maquillaje y a edulcorar los acontecimientos y las relaciones personales.

Sus trazos, su humor, su descaro, me recordaron los textos breves de Francisco Umbral. Ese autor español capaz de conjugar desparpajo, agudeza y toques luminosos, maledicencia y profundo conocimiento de las personas, teñido de juegos de palabras que incluso construyen potentes y salerosos aforismos. En Umbral y Busteros la materia prima son los personajes que los rodean, que los acompañan y fastidian, esa fauna variopinta que conforma un zoológico humano que produce asombro, resquemor, y al final es la materia prima necesaria para esbozar una sonrisa. Hay un auténtico gozo por el cotorreo, por la antiolemonidad, por dibujar las miserias de los otros. Se trata de autores que hablando de otros invariablemente hablan de ellos mismos. Porque con no escasa arrogancia son y se sienten el metro de todas las cosas.

Sin querer queriendo, Raúl Busteros acuña afortunados aforismos. Oigan por favor: “Los jóvenes cineastas mexicanos dejaron de ser jóvenes y de ser cineastas”, una síntesis elocuente del trayecto de su generación. “Los políticos de izquierda, para no tener que ver con la realidad, se inventan una, y ahí nos quieren ver”, o cómo la militancia puede desembocar en una laberíntica y cerrada enajenación que de alguna manera nos incluye. “La realidad cuanto más real es más ficción me parece”, porque,

“EL LIBRO ES TANTO UN REPASO A SU VIDA PÚBLICA COMO A LA PRIVADA, A TRAVÉS DE UN LENTE SARCÁSTICO, CRÍTICO CON LOS DEMÁS Y COMPLACIENTE CONSIGO MISMO”.

en efecto, no hay nada más sorprendente y deslumbrante que eso que de manera rutinaria entendemos como realidad. “Para eso se habla: para aclarar y traer a cuento lo que la vileza oculta y decir lo que se calla”, o una declaración de principios que ordena el sentido de todo el libro: “Las razones administrativas tienen la ventaja de prestarse a no ser razones”, o de cómo el circuito burocrático genera sus propios códigos, en demasiados casos incomprensibles para el común de los mortales.

El libro es sobre todo una declaración de amor al cine y a los libros. El cine y sus historias, el cine y el deseo, el cine como iniciación, el cine y sus héroes, el cine y sus mujeres, el cine y el exilio, el cine y sus autores, conjuntado con su odio al cine y sus críticos, al cine y sus impostores, al cine y los laberintos que conducen a ninguna parte. Y resulta conmovedora la forma en que los libros se convierten en amparo, protección y fuente de vida, cuando las puertas del cine se cierran. Escribe Busteros: “Me escapé del mundo, me guardé, estaba mal de salud y destrozado. Permanecí en silencio... Paseaba por muros y salones llenos de libros recibiendo un gran consuelo, honda compañía”. Ahí encontró mundos alternativos, un cálido abrigo y fue capaz de reconocer que “la sociedad es mala y la gente fea”, de lo que por cierto hace un naturalista y gracioso mural.¹ Sin embargo, esto lo condujo a un mirador que le “abrió la puerta de la memoria y pude presenciar —dice— el maravilloso espectáculo



de mis recuerdos". Eso lo condujo a escribir este libro.

Varias constantes lo recorren. Sólo me refiero a algunas. El exilio español es una presencia invariable. Las recreaciones de diferentes personajes resultan cálidas, entrañables, comprensivas. Son, si no me equivoco, los nutrientes del temperamento de Raúl Busteros. Las "bonitas" mujeres son otro. Resultan figuras fantasmales pero rotundas y la mayor parte de las veces pintadas con cariño, aunque con una distancia más bien precavida y hasta pudorosa. Los amigos son no sólo cómplices sino los motores y el combustible de proyectos y realizaciones, y de borracheras circulares que no sólo son catárticas sino fuentes de inspiración.

Y en medio del jolgorio hay una serie de estampas que resultan sombrías e incluso conmovedoras. Las muertes de seres queridos, los distanciamientos con aquellos a los que se consideraba amigos, sus "perros del mal". En esos pasajes, el humor dulce que tiñe el mayor número de páginas se transforma en humor agrio, casi rancio. Un humor producto de la rabia, del rencor y que incluso se suspende para dar paso a un ajuste de cuentas (que imagino) no siempre (resulta) justo. Es el caso, y no lo quiero dejar pasar, del tratamiento a dos queridos amigos ya fallecidos: Pedro Armendáriz y Alfredo Joskowicz.

Aunque hay que decirlo, Busteros es generoso cuando quiere serlo. Los reconocimientos a Rubén Gámez, Gabriel Figueroa, el Indio Fernández o José Bolaños, por ejemplo, resultan elocuentes e incluso alguno enternecedor, sin que en todos ellos deje de aparecer la pimienta de la indiscreción, el chisme curioso o el gramo de maledicencia. Sus homenajes siempre son mejores que sus diatribas.

El cine de autor puede ser visto como una película pícaro, quizá tragicómica. Uno de esos films por capítulos que nos llevan de sorpresa en sorpresa y de una historia a otra, cuyo hilo conductor es el de un arduo y difícil aprendizaje de vida, un argumento en el que las ilusiones topan invariablemente con la realidad, mucho más áspera y corrugada que las buenas intenciones. El personaje principal, que es el autor, choca una y otra vez con potentes obstáculos, en algunas ocasiones los logra trascender y en otras es derrotado de forma apabullante. Pero nunca deja de aprender, por ejemplo, cuando el joven director anarquista recibe una cátedra no pedida de los trabajadores del cine: "Mira, Raulito, si te decimos 'señor' es por respeto, si hay respeto hay orden, si hay orden no hay desmadre, y si no hay desmadre, batallamos menos".

Una última nota marginal. Aparezco en el libro y mi retrato no es muy halagador. Un joven estudiante de cine dogmático y tiranetas. Es una buena caricatura. Pero si realmente algún día le pregunté a Raúl (no lo creo) si él consideraba que "la estructura determinaba la superestructura", entonces me debe el crédito de

esa cojonuda escena de *Redondo* donde la madre superiora le pregunta eso mismo a las novicias.

Como en toda memoria escrita, supongo que hay algo o mucho de invención, pero Busteros, con su ojo entrenado, logra captar la entraña de las situaciones, quizá incluso la de una época, que no es otra que la del ridículo permanente. ■

¹Transcribo: "Un día salí de mi celda conventual y presencié el espectáculo dantesco que en cuanto le pierdes el día a día, se agiganta. Vi a los señores con gorritas de beisbolistas, ya maduros, las señoras en mallones y con el coño estampado en licra. Aterrador. Los jóvenes llevaban el celular como velas en procesión y los pantalones rotitos. Todos los que salen en la TV eran demócratas y feministas, todos tolerantes y protectores de los

animales. Vi procesiones de bicicletas sin panaderos, parvadas rodantes de zombis mal intencionados, monstruos de la salud, señoras empoderadas. Ricos imposibles que presumen que les gusta trabajar. Todos eficientes y exitosos y todos dados al Peje... Vi a una mujer devorando a un hombre parada en un nopal. Es una señal para los de mi pueblo, me dije, el fin del mundo ha llegado" (p. 312).

MÉXICO
GOBIERNO DE LA REPÚBLICA



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

exposiciones



SATURNINO HERRÁN Y OTROS MODERNISTAS

Del 29 de septiembre al 24 de febrero.

Muestra que conmemora el centenario luctuoso del artista a través de una reflexión en torno a su obra y contexto sociocultural. Incluye creaciones del pintor mexicano y de otros contemporáneos como Alberto Garduño, Ángel Zárraga, David Alfaro Siqueiros, Diego Rivera, Germán Gedovius y Francisco Goitia, entre otros.

MUSEO NACIONAL DE ARTE

Tacuba 8, col. Centro Histórico • Mar a dom, 9 a 17 h



UNA FERIA PARA JUAN JOSÉ ARREOLA

Del 29 de septiembre al 11 de diciembre.

Muestra bibliográfica y documental en el centenario de su nacimiento. Un recorrido a lo largo de la vida y obra de uno de los grandes escritores mexicanos del siglo XX.

■ BIBLIOTECA DE MÉXICO

Galería Abraham Zabludovsky y Patio de los Escritores
Plaza de la Ciudadela 4
Col. Centro Histórico
Lun a dom, 10 a 18 h
Entrada libre*



MIXTECOS. ÑUU DZAHUI, SEÑORES DE LA LLUVIA

El devenir, la vida cotidiana y la cosmogonía de la cultura mixteca son parte de esta muestra que nos presenta códices, ornamentos y piezas arqueológicas que dan cuenta de la riqueza y heterogeneidad de este milenar pueblo del México prehispánico.

■ GALERÍA DEL PALACIO NACIONAL

Plaza de la Constitución s/n
Col. Centro Histórico
Mar a dom, 10 a 17 h
Entrada libre* • Hasta octubre 28

niños



SALIMOS DEL MAR Y SOÑAMOS EL MUNDO

Del 29 de septiembre al 20 de octubre.

De Felipe Rodríguez.
Dirección: Nora Manneck.

Obra basada en una leyenda de la cultura huichol en la que tres dioses nadaban y flotaban interminablemente, hasta que se aburrieron. Entonces cerraron los ojos y comenzaron a imaginar, dicen que así fue como se creó el mundo.

■ CENTRO CULTURAL HELÉNICO

Teatro Helénico. Av. Revolución 1500
Col. Guadalupe Inn • Sáb, 13 h

música



LA SENSACIONAL ORQUESTA LAVADERO

Gala por el XV aniversario de la agrupación que combina el arte clown con la música.

■ CENTRO NACIONAL DE LAS ARTES

Teatro Raúl Flores Canelo
Río Churubusco 79 esq.
Calzada de Tlalpan
Col. Country Club • Sáb 29, 17 h
Entrada libre*, cupo limitado

*Este programa es público, ajeno a cualquier partido político. Queda prohibido el uso para fines distintos a los establecidos en el programa.

www.gob.mx/mexicoescultura | www.gob.mx/cultura | síguenos en: [f](#)/SecretariaCulturaMx [t](#)@cultura_mx

LA NOTA
NEGRAPor
**FRANCISCO
HINOJOSA**

@panchohinojosah

LEÓN
DE GREIFF

ESTABA EN MEDELLÍN cuando recibí una llamada de Joaquín Díez-Canedo para invitarme a presentar la obra completa de León de Greiff en el marco de la Feria Internacional del Libro Universitario. Me extrañó la llamada porque mi pasión por su poesía se remonta a cuando yo tenía veintiún años. ¿Quién podría acordarse de mi gusto por su obra tanto tiempo después? Además estaba precisamente en la tierra que lo vio nacer. Quedé de consultar la agenda a mi regreso para poderle dar una respuesta, que tuvo que ser negativa por tener un compromiso adquirido con anterioridad. Sin embargo, era un buen pretexto para releerlo.

Conocí a De Greiff gracias a Carmen Boullosa. Ella, que sabe mucho más que yo de poesía y de otras muchas cosas, me leyó un día un soneto del colombiano que iniciaba con estas dos cuartetas: "Seor Satán estaba sitibundo / -Noé a su vera y en las mismas-; nada / para beber, si no de avena helada / cuatro pintas: ¡brebaje tremebundo! // Metafísicos, Hamlet, Segismundo / -el tercero era Kant- parlaban; cada / cláusula suya ingente carcajada / suscitábale a Falstaff rubicundo".

Creo que fue la primera vez que sentí que la poesía y la música se tocaban tan de cerca y tan naturalmente. Conservo, ya muy releída, la obra completa de De Greiff publicada en 1975 por la Editorial Tercer Mundo. Al ver Carmen la fascinación que me habían causado sus poemas, tachó su nombre al frente del libro para poner el mío. Fue uno de otros muchos regalos que me dio: no sólo esos dos tomos de poesía, sino un mundo que habría de marcarme como lector y como escucha. Poco después, apenas un año antes de su muerte, hice una antología y le escribí un prólogo para la colección Material de Lectura de la UNAM.

León de Greiff nació en Medellín (1895). Descendiente de suecos y alemanes, los personajes que adoptó en su poesía dan cuenta de este doble origen: exhiben una extraña mezcla de sus raíces nórdico-europeas y el trópico colombiano. Parte de este sobrepoblado mundo de fantasmas ancestrales, sueños y mitos que lo habitan y que cantan a través de él está integrado por Erik Fjordsson, Sergio Stepansky, Leo de Gris, Matías Aldecoa, Bogislao, Gaspar von der Nacht, Guillaume de Lorges y Háróld el Oscuro, entre otros. Y las actividades que ejerce a través de estos distintos personajes no son menos numerosas:

Fuente > primeraplana.co



**"CREO QUE FUE
LA PRIMERA VEZ
QUE SENTÍ QUE
LA POESÍA Y LA
MÚSICA SE TOCABAN
TAN DE CERCA".**

vikingo, pirata, bufón, juglar, *clown*, trovador, acontista, paleógrafo, titerero, vagabundo, cazador y toda suerte de aventureros y trotamundos, casi siempre nómadas, forasteros, eremitas. Raros.

Decía a propósito Jorge Zalamea: "Su cualidad excelsa es la del creador de un universo perfectamente identificable en sus paisajes, en su fauna y su astronomía, en sus poblaciones, en sus héroes y en sus beldades; un universo al que podemos penetrar no simbólica, sino físicamente".

Muchos años después, compartí con Álvaro Mutis mi admiración por la poesía de De Greiff, de quien fue un buen amigo. Me contó que sufrió un fuerte regaño de su parte porque escribió un poema titulado "La muerte de Matías Aldecoa". ¿Cómo se había atrevido a matar a uno de sus personajes, que por cierto bien podría haber tenido un parentesco con su Maqroll el Gaviero?

Su obra está íntimamente ligada a la música: canciones, suites, baladas, cantigas, rapsodias, ritornelos, arietas, sonatinas. Mucha música de cámara dicha, versificada, vuelta a entonar. El cantante Leonardo Álvarez se animó a cantar-leer algunos poemas de De Greiff, como el "Relato de Sergio Stepansky". No sólo eso, montó un restaurante, bar y rumbeadero con el nombre de uno de ellos: "Ramón Antigua". Inclasificable, lejano a cualquier vanguardia compartida por sus contemporáneos, el crítico literario Juan Felipe Toruño afirmó que su poesía pertenece a un *-ismo* del cual es el único representante: el *sinfonismo* (su hermano Otto fue uno de los grandes musicólogos colombianos). "Sólo la música es. La Poesía, la Música son una sola Ella. / Y Ella, cualquier Ella, lo sortilego / si sombra efímera huidera".

El sábado 29, cuando salga esta nota, se presentará el libro en la FILUNI, a las 16 horas. ☐

LA CANCIÓN
6Por
**ROGELIO
GARZA**

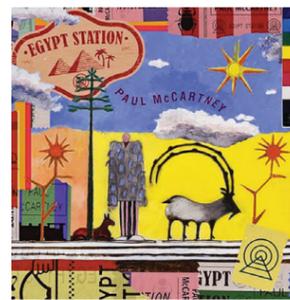
@rogeliogarzap

EL SARGENTO
MCCARTNEY:
EGYPT STATION

DESPUÉS DE LOS BITLES, don Pol me inspiraba una profunda hueva, salvo un par de canciones de los Wings me parecía un tibio. Mera ignorancia supina. Empecé a desentrañar su música y su figura hasta que leí *El sonido de los Beatles* de Geoff Emerick, el ingeniero del cuarteto que siguió con McCartney en la década de los setenta y documentó su trabajo en el estudio. Qué iba yo a saber sobre su producción electrónica, sinfónica, experimental e incidental, de sus charlas psiconautas con Dios y de su macidez recién abandonada.

Músico, compositor, productor y multinstrumentista sin poses extravagantes, a los 76 años acaba de lanzar *Egypt Station*, su disco solista #18. Simultáneamente se transmitió su *Carpool Karaoke* en el programa de televisión *The Late Late Show* de James Corden y, con remate orquestal, apareció el libro *Paul McCartney: The Biography*, una investigación de Philip Norman traducida al español por Malpaso, considerada entre la bitlemanía como la última Biblia del rock y el pop por sus casi mil páginas.

Egypt Station es un disco conceptual como le laten al Sargento McCartney, el viaje en un tren cósmico que partió de un cuadro suyo. La vuelta al Planeta McCa en dieciséis canciones producidas por Greg Kurstin, poseedor de lo mejor de dos mundos: el pop rosa de Adele y el rock alucinante de Flaming Lips, Devo y Beck. Lograron un mural de sonidos bordados con paciencia y sabiduría mccartiana, el entramado se nutre del bagaje musical empacado a lo largo de seis décadas de *tour* mágico y misterioso. Aquí se entretrejen estilos, influencias e instrumentaciones, arreglos y trucos de grabación, como sus famosos *overdubs* al revés, en los



**"SI ALGO SABE HACER
POL MACARNEI ES
ESCRIBIR MELODÍAS
QUE SE IMPREGNAN EN
LA MENTE CON AMOR,
SEXO Y HUMOR".**

que resulta imposible separar cada fibra del panorama sonoro. Cada canción es un destino en la ruta marcada por el bajo Höfner/Rickenbacker que se oye imponente en demasiadas ocasiones. Si algo sabe hacer Pol Macarnei es escribir melodías que se impregnan en la mente con amor, sexo y humor, como las bellísimas "Happy With You" y "Dominoes", y con su política planetaria *soft* en "People Want Peace" y "Despite Repeated Warnings".

Suele tocar todos los instrumentos en el estudio y es considerado un revólver en vivo, por eso carga con un grupo de calibre mayor: Rusty Anderson y Brian Ray en las guitarras, Abe Laboriel Jr. en la batería y Paul "Wix" Wickens en las teclas. El final del viaje es espectacular desde "Station II" que se disuelve a través de una guitarra potente y feroz en la minisuite "Hunt You Down/ Naked/C-Link", y atraviesa fronteras de estados emocionales. "C-Link" es la cima eléctrica del Himalaya sin Lennon gritando como el Dalai Lama. En las manos de McCartney la música es magia pura. ☐

PISTEAR ME DA DE COMER, dice Nacho Valdés, fotógrafo y gastrónomo autodidacta. Me encuentro en La Antojería (Hidalgo Sur 341-1), en Saltillo, palacio de la sabiduría culinaria. Nacho ha dispuesto en su cocina una mesa cuadrangular en la que se reúnen los comensales. No es un local. Algo tiene de restaurante, de menú, de comedor para damnificados, de bufete clandestino, de botanero, pero no es ninguno de los anteriores. Es el hogar de un amante de la cocina. Es la casa de Nacho.

Me concentro en la hilera de tellas de Macallan, mi whisky favorito. Están jerarquizados en orden de importancia. Desde el doce años hasta el Rare Cask, pasando por el quince años y el Select Oak. Estos bebés son apenas una ínfima parte del paisaje. La cocina es un extenso mural de frascos. En un espacio aproximado de seis por cuatro (perdón si me equivoco, no soy buen cubetero) habita, palpita, respira un arsenal de pomos. Si de lo que se trata es de morder vidrio, este es un santuario. Whisky, Bourbon, Tequila, Mezcal, Sotol, Ron, etcétera.

Uno nunca sabe qué tan metódicos son sus amigos hasta que los observa cocinar. La soleta programada para esta tarde es mi platillo favorito después del cabrito: carne asada. Nacho no se ostenta como chef, su profesión es la de anfitrión, pero la cocina es su estandarte. Nunca ha utilizado un asador con controlador de temperatura. Como buen norteño sabe prender el carbón sin retraso. Su única brújula es su experiencia de fan del buen comer. Su prominente barriga lo respalda. Y su único ayudante es su morra.

Adherido a un par de puertas de la alacena hay una especie de esténcil. Es una res diseccionada. Una imagen que en este contexto alberga connotaciones religiosas. Nacho siempre bebe amarrado. Tequila y cerveza. Y mientras se desempeña se sazona a sí mismo con tragos. La puerta de la cocina da a una terraza. Ahí se encuentra el corazón de la propiedad: el asador. La base de operaciones de buena parte de los alimentos que aquí se preparan. Y el ir y venir de Nacho de la cocina al asador es su yoga particular. No requiere de otro ejercicio que tener la comida a punto.

La Antojería no es un negocio. Y aunque la filosofía de Nacho es que el sibaritismo lo alimenta, en realidad de lo que se nutre es de atender a las personas. En la mesa de la reducida cocina caben seis comensales, ocho ya apretados. Para gozar de la atención personalizada sólo es necesaria una aportación. La displicencia incluye entrada, entremés y dos platos fuertes. Las bebidas van aparte. Pero la ventaja, a diferencia de un restaurante establecido, es que aquí encontrarás una variedad



“AUNQUE LA FILOSOFÍA DE NACHO ES QUE EL SIBARITISMO LO ALIMENTA, EN REALIDAD DE LO QUE SE NUTRE ES DE ATENDER A LAS PERSONAS”.

de alcoholes contra los que muy pocos lugares pueden competir. Levantar un censo de las tellas aquí congregadas llevaría unas cuantas horas.

Departir en la cocina de Nacho es como un día de campo, pero VIP. Es un picnic que ofrece medallón de filete al vino tinto, pulpo a las brasas, paella, etcétera. En la mesa uno coincide con otros admiradores del arte de Nacho. Existen personas a las que les gusta emborrachar a la gente, otras a las que les gusta alimentarlas, Nacho es de los primeros y de los segundos. Le place sentarse en la cabecera de la mesa a ver a la gente comer. Y aderezarse de música. Dependiendo del diente del comensal lo mismo suenan corridos que Real de Catorce, Soda Stereo (Nacho tiene tatuada la frase “En la ciudad de la furia” en el antebrazo), Juan Gabriel, José José o lo que sea que en ese momento maride con los platillos.

El primer chorizo argentino es depositado en la mesa y me entran unas ganas enormes de cantar el himno nacional (el de acá): “Pistoleros famosos”. En mis años de carnívoro he visto a los mejores *maestros* asaderos de mi generación, Nacho es uno de ellos. El asar carne en él no es una tarea artesanal, es un reflejo. Y como una vez que uno comienza a comer todo puede suceder menos interrumpirse, el segundo chorizo argentino aparece. Y enseguida un puñetazo de proteína: un cowboy obscuro de tan rotundo. Y mientras este milagro ocurre en nuestros estómagos, por la calle la gente pasa sin enterarse de tanto prodigio.

La Antojería no está oculta, pero algo de cofradía ostenta. No hay duda de que si la logia de los Búfalos Mojados viviera en Saltillo serían asiduos a la mano santa de Nacho. Y lo mejor de todo es que el compromiso es con el apetito y nada más. Agraciar el paladar es una tarea inacabable. No hay un horario que se cumpla de manera cabal. El día que Nacho no quiere no abre. Su único patrón son las ganas. ■

EL CORRIDO DEL ETERNO RETORNO

Por
CARLOS VELÁZQUEZ

@charfornication

LA ANTOJERÍA

CON EL AGUIJÓN ALICAÍDO, el alacrán observa los últimos estertores del sexenio, cuyas calamidades se multiplican como si se resistiera a fenecer en paz con un resignado último suspiro. Al dolido descubrimiento de los varios camiones refrigerados con cuerpos de víctimas de la violencia, transportados con indignidad por autoridades de Jalisco, Guerrero y Veracruz, se sumaron los asesinatos de dos periodistas más, el crecimiento de la violencia homicida en la Ciudad de México y en otros estados del país, así como otras documentadas revelaciones de empresas fantasma y desvíos de recursos gubernamentales, emblema de la administración peñanietista.

Encima, el escorpión está con el agua al cuello por las inundaciones proliferantes en Chihuahua, Sonora, Michoacán, el Estado de México y en la misma capital, donde las personas afectadas por las tormentas enfrentan precarias condiciones de vida y una angustiante incertidumbre ante el futuro (en estos meses, por cierto, el venenoso ha visto extenderse esa incertidumbre por el país, ante una inminente sacudida política de consecuencias insospechadas).

Con todo, luego de ejercicio, meditación y ansiolíticos naturales, el arácnido ha podido celebrar con alegría el décimo aniversario de *La iguana del ojete*, el blog de José Joaquín Blanco (1951), quien con una generosidad sólo equiparable a su enorme talento literario, durante los últimos diez años ha puesto a disposición de quien desee consultarlo en la red, el cuerpo central de su vasta obra literaria, una honesta narración crítica y alternativa de la literatura y de la crítica literaria, suerte de reflexión enciclopédica y original sobre la creación artística en las letras mexicanas y extranjeras.

El venenoso recuerda bien el surgimiento en 2008



Fuente: NAH

“EL ARÁCNIDO HA PODIDO CELEBRAR CON ALEGRÍA

EL DÉCIMO ANIVERSARIO DE LA IGUANA

DEL OJETE, EL BLOG DE JOSÉ JOAQUÍN BLANCO”.

de este blog, derivado del periódico literario del mismo nombre editado por Joaquín desde los años noventa (si la memoria no traiciona al arácnido). Con una entrada cada día primero de mes desde hace una década, y a veces —si los temas o las circunstancias lo exigen—, con dos o tres ensayos o notas mensuales, este blog concentra la mayor cantidad y calidad de información, análisis y crítica de autores mexicanos y extranjeros realizada por un solo escritor en nuestro país, además de incluir buena parte de su obra de ficción (cuentos), su poesía, sus traducciones y sus libros de ensayo, crónica y crítica cultural.

En la lectura asidua de esta enorme y rica contribución al conocimiento de las letras mexicanas, el escorpión encuentra claridad para los inciertos tiempos presentes, y por ello celebra a José Joaquín Blanco hasta el espartano retiro donde concentra sus labores desde ya varios años. ■

EL SINO DEL ESCORPIÓN

Por
ALEJANDRO DE LA GARZA

@Aladelagarza

LA IGUANA DEL OJETE

FILO LUMINOSO

Por
NAIEF YEHYASORRY TO
BOTHER YOU
DE BOOTS RILEY

“LA DIFERENCIA DE
ESTA CINTA
CON TANTAS OTRAS
QUE PRESENTAN
LAS MISERIAS
Y AFLICCIONES DE LOS
DESEMPLEADOS
ES QUE AQUÍ
EL TRABAJO NO
REDIME NI DIGNIFICA”.

Huye! (*Get Out!*, 2017), debut en largometraje del comediante y autor Jordan Peele, es un fascinante

thriller social realizado en el ocaso de la era Obama y estrenado al inicio del régimen trumpiano. En gran medida, esta comedia de ciencia ficción y horror refleja el malestar por el fracaso de una ilusión que se llamó la *América postracial*. La llegada de un presidente negro a la Casa Blanca tuvo un impacto definitivo en diferentes ámbitos de la sociedad, pero como es evidente la tensión, los conflictos y el abismo racial no desaparecieron. Por el contrario, en el ocaso del gobierno de Obama, la desigualdad entre los grupos étnicos creció y un enorme número de civiles negros desarmados fueron asesinados por la policía, así como por *vigilantes*. Un claro síntoma de la época fue la aparición del movimiento Black Lives Matter, como reclamo por un respeto básico de esa y las otras minorías. Peele ofreció una aguda disección de la doble moral de las buenas conciencias de los liberales blancos de Estados Unidos, y la forma en que el privilegio entraba en colisión con la pretendida inclusividad de la sociedad.

En su debut como director y guionista, Boots Riley, el artista, activista y rapero con la banda The Coup, también se aventuró a emplear y fusionar convenciones de la comedia negra y la ciencia ficción para crear *Sorry to Bother You* (*Disculpe la molestia*), una visión inquietante y estridente del fracaso de la utopía postracial en el trumpismo, donde la situación se ha vuelto mucho más crítica por el histérico discurso nacionalista blanco del presidente, que ha extremado la polarización y la paranoia. Esta obra es un fulminante ejercicio de caos y sarcasmo que se desliza por territorios del absurdo y lo surreal que recuerdan por momentos obras alegóricas del cine del este europeo, como *Daisies*, de Vera Chitilová (1966) y *El baile de los bomberos*, de Milos Forman (1967), así como el cine de Michel Gondry. Con estos recursos, Riley presenta un panorama de la catástrofe del capitalismo tardío, donde el desvanecimiento del desempleo y la corporativización de la vida parecen llevarnos a un nuevo medievo. En este futuro cercanísimo o presente (no muy) alternativo, la salud y la educación son prácticamente inalcanzables para la mayoría y la esclavitud aparece como un camino de escape de la miseria e incertidumbre. La renuncia a la libertad, al individualismo e incluso al cuerpo humano parecen las únicas opciones para sobrevivir.

En la ciudad de Oakland, California, Cassius *Cash* Green (Lakeith Stanfield) vive en la cochera de su tío con su novia, la artista del *performance* y activista Detroit (Tessa Thompson), mientras consigue trabajo. La desesperación lo lleva a tomar un puesto en la empresa de telemarketing RegalView, en la que después de numerosos fracasos hace caso de la recomendación de su colega Langston (Danny Glover), quien le confía que la única forma de triunfar en ese negocio es usando una *voz blanca*: no sólo imitar cierta entonación, acento o cadencia del habla, sino los ecos del privilegio de quien se cree con derecho a triunfar y nunca se ha sentido perseguido o despreciado por su color de piel. Así la carrera de Cassius se dispara hasta alcanzar el nivel de *power caller*, para sumarse al mundo del triunfo en las ventas de alto nivel, literalmente ascendiendo en un elevador dorado con una clave de seguridad tan larga como una subtrama del filme. Al hacer esto traiciona a sus colegas, que organizan un paro para exigir mejores condiciones de trabajo, y a Detroit, quien no tolera ver cómo él se vende. Las razones de Cassius son legítimas ya que su tío está a punto de perder su casa, con lo que justifica su decisión. Y si bien pronto vive en un departamento de lujo,

Tessa Thompson y Lakeith Stanfield en *Sorry to Bother You*.

se queda solo, rodeado de gente que únicamente lo aprecia por su eficiencia y por comportarse de manera inofensiva y servicial.

El nuevo empleo de Cassius lo lleva a negociar contratos para la mano de obra de la empresa WorryFree, la cual ofrece a sus *trabajadores* vivienda, comida y uniformes a cambio de un compromiso vitalicio. WorryFree es un engendro del complejo industrial presidiario que en esencia ofrece encarcelamiento voluntario para escapar de las presiones económicas. Esta empresa fue creada por Steve Lift (Armie Hammer), uno de esos presuntos prodigios visionarios de Silicon Valley que imponen sus tercas y egoístas fantasías libertarias a una población pauperizada y confundida, que ha perdido toda red social de protección y cualquier noción de derechos laborales o humanos. La camaleónica apropiación de una voz blanca que hace Cassius no es ajena a la experiencia afroamericana contemporánea. Él puede soportar la idea de hacerse pasar por alguien que no es, sin embargo cuando lo invitan a una fiesta en la mansión de Lift, lo someten a una indignidad adicional al obligarlo a rapear, simplemente porque es negro, como si hiciera falta confirmar que para los empresarios y su círculo, él no es más que un cliché.

El trabajo visual, los juegos con el espacio y la fulminante energía que le imprime Riley hacen de su filme un producto un tanto indigesto, frustrante y a la vez fascinante por la calidad y diversidad de sus detalles visuales y la frenética construcción de imágenes. Sin llevar la parodia demasiado lejos de la realidad, presenta el programa de televisión más exitoso de esa época como uno donde la gente se ofrece gustosa a ser golpeada sin piedad frente a las cámaras para entretener al público. En este filme los villanos capitalistas dependen de la complicidad de los desposeídos para llevar a cabo sus planes. Sólo con la anuencia de los desesperados (al entregar su cuerpo y vida o bien al vender el alma a las empresas) pueden los grandes inversionistas construir sus brutales mecanismos de explotación y control. Aquí el racismo y clasismo están más allá de cuestionamientos y son la estructura de una sociedad brutal donde la ilusión del consumo y la fragmentación del hombre están conectadas de manera indivisible. La diferencia de esta cinta con tantas otras que presentan las miserias y aflicciones de los desempleados es que aquí el trabajo no redime ni dignifica, ya que en el capitalismo tardío (o realista, como lo denominó Mark Fisher) el trabajador es un recurso desechable que puede ser sustituido por máquinas, robots, *apps* o —en esta película— por seres híbridos antropo-equinos, de gran fuerza y extrema docilidad.

Tanto *Sorry to Bother You* como *Get Out!* ofrecen visiones complementarias de la realidad (incluso Stanfield aparece en ambas) en que la explotación de la población afroamericana conduce inevitablemente a la deshumanización y sexualización de los individuos. La utopía postracial tendrá que esperar. ■